

NOCHES MÁS LARGAS QUE LA MUERTE

Madrid. 2 de diciembre de 2011



Mi querida esposa:

Es curioso, desde que ETA anunció el fin de eso que ha llamado "lucha armada" —porque nunca ha tenido arrestos de nombrarlo sencillamente sinrazón—, me cuesta conciliar el sueño, lo mismo que cuando la calle era para mí, como para el resto de mis compañeros, una trampa, la posibilidad de que la muerte, feroz, te abrazara en forma de bala en la nuca o de bomba lapa bajo ese mismo coche donde, paradójicas, llevábamos cada mañana a Sara y a Marina al colegio.

Así es. Voy al cuarto ya vacío de las niñas, que hace tiempo que dejaron de serlo, aunque yo las llame así. Luego entro en nuestra habitación y te encuentro leyendo. Me das un beso y me deseas que descanse, pero soy del todo incapaz —sumergido en las horas y la oscuridad de la madrugada— de conciliar el sueño cuando apagas la luz. Hoy me ha pasado lo mismo y me ha dado por escribir una carta.

¡Cuántas veces se repitió esa misma escena! Aquí en Madrid, en Barcelona o en Lekeitio, donde vivimos los últimos años antes de mi retiro. ¡Cuántas veces llegaba a casa después de escuchar insultos y provocaciones! ¡Cuántas esbozaba una sonrisa, enmascarando el cansancio y... el miedo! Pero no, no el miedo a morir, porque siempre he creído en aquello de que "el valor es nuestra divisa". Temía, más que nada en este mundo, a que la barbarie me alejara de vosotras, a que llorarais, a que la tristeza se adueñara de vuestras vidas. Temía tantas cosas como cosas me callé, aunque ahora pienso en lo absurdo de mi



esfuerzo, porque estoy seguro de que solo con mirarme a los ojos —a estos mismos que lloraron con la cara tiznada y el corazón hecho pedazos en las puertas de Hipercor— sabrías qué males me afligían, cuáles eran mis temores... Hasta adivinarías cuánto de amargas tenían esas lágrimas que me arañaron la piel e hicieron de mi alma un crespón bordado con la seda negra de la muerte.

Ahora reposa en mí algo parecido a la paz, pero no es más que una sensación remota, porque no puedo olvidar, por más que lo intento, todas las cosas que vi, las que escuché, las que soporté.

Me resulta imposible —aunque el tiempo lo intente con el embeleco de los años—, borrar de la memoria a los compañeros caídos, a aquellos que se dejaron su vida por España o lo que quede de ella, y enmudecieron hogares con su ausencia. Porque no fueron las nuestras, pero vi a otras *Saras*, a otras *Marinas* llorar a su padre muerto. Y no, no vi a aquellas viudas y a aquellos huérfanos sollozando en un informativo de televisión. Estuve —como tú— allí. Olí el perfume maldito de las flores de las *capillas ardientes* —¡qué dos palabras tan atroces!— a las que tuve que asistir. Abracé a Mila, a Ana, a Rosario, sin saber qué decirles. Besé a esas mismas mujeres, viudas ya, que días antes habían estado en el campo con nosotros y sus maridos; los que se habían ido y ocupaban un féretro cubierto con la bandera de España y una medalla. Un adiós. Un para siempre, que duele todavía más que la muerte.

Tumbado en la cama me preguntabas qué tal el día, y yo te decía que bien, que algún niño diciéndonos tonterías en lugar de estar estudiando, algún detenido... Pero callé casi siempre. Callé las veces que recogí del parabrisas las amenazas, aquellas notas escritas de puño y letra, firmadas con el hacha y la serpiente. Callé su contenido, mientras arrugaba el papel tomado por una terrible sensación de soledad y de impotencia. Callé las dos veces en las que encontré un artefacto en los bajos del coche. Jamás te dije nada. Hasta hoy. ¿Para qué hacerlo? ¿Para que la onda expansiva de esas bombas que nunca llegaron a

explotar, pero que hicieron daño igualmente, llegaran también a casa? No. Me tragué el miedo como quien se bebe un vaso de espinas.

Ahora, pasado todo este tiempo me acuerdo con dolorosa claridad de los que nos dejaron, aunque quizá debería escribir de los que nos arrebataron las bestias. Recuerdo cada uno de sus gestos, el tono exacto de su voz, y la garganta me arde y el pecho se me incendia. Me pregunto por qué, como lo he hecho durante todos estos años. Y cierro los puños y me acuerdo de ellos, del teléfono que sonaba y nos daba alguna noticia nefasta. Entonces encendíamos el televisor y escuchábamos sin decir nada. Tú me ponías una mano en la rodilla, o me besabas. Después te ibas al cuarto o al salón, maldiciendo, lo sé bien, a los criminales, pero también a mi trabajo y mi uniforme. Pero no te culpo. No puedo. Entiendo ese miedo que, como a mí, te helaba el corazón.

Solo el deber cumplido me reconforta, me consuela como el hombro de un amigo sobre el que llorar. Todas las horas dedicadas a acabar con ellos, todo el esfuerzo, todas las lágrimas vertidas y la sangre derramada para llegar al final del camino sembrado de inocentes muertos, me hacen creer que vestir este uniforme mereció la pena.

Fueron muchos los que se quedaron sin ver la victoria de la libertad sobre la serpiente retorcida, del valor sobre la cobardía. Fueron muchos, los de este cuerpo y los de otros, pero también tanta gente de a pie, la que nunca opinó siquiera. La que jamás llegó a pensar que un trozo de tierra demandara una sola gota de sangre.

Ahora que las armas han dado paso al silencio de los camposantos, al vacío de los que se fueron, a una paz forjada entre malvas, epitafios y banderas plegadas; ahora que el olor a pólvora y a horror huye, ahora que ya no son las medallas póstumas sino un mal recuerdo, quiero abrazarme a ti. Quiero acostarme ahora junto a tu cuerpo templado y apagar la luz sin miedo y no olvidarlos. No dejar que sus nombres y sus rostros queden en los archivos de un cuartel, en la hemeroteca de un periódico o de una cadena de televisión. Me niego a que el tiempo y el olvido de los que



partieron hacia la eternidad se arrinconen en el último cajón de nuestra memoria colectiva.

Apagaré la luz, deseando que esta noche, al fin sin miedo, no sea más larga que la muerte. Que no ocupe mis pensamientos la duda de saber si mañana volveré o no casa, que no se nos olviden los caídos, los asesinados, los muertos, las víctimas, que no son solo los que duermen en sueño de los justos, sino aquellos que tienen, maldita sea, en el alma cicatrices.